

Carteles para las artes con los ciudadanos: aprendamos de Edgardo Gimenez

Ciudad, cultura, carteles y ciudadanos conforman los cuatro puntos cardinales con los que Edgardo Giménez trabaja para lo público. Todos empiezan por la letra c, la de la calidad y la complicidad. Y todos los aborda desde el alfa del abecedario: desde el arte. Todos los ha creado para la ciudad de Buenos Aires: para que sus calles y sus gentes vibren, se emocionen, convivan con el núcleo para la vida que siempre son las artes.

La cultura está en cada apuesta.

Edgardo Giménez no ilustra, no pone imágenes y colores a eventos, festivales, propuestas y acciones para difundirlas, para la propaganda. Es de los grandes: la música, el teatro, la exposición, la danza, el leer, el museo..., empieza, está, *en* cada uno de los carteles que piensa, traza y nos regala. Sus carteles son siempre arte para la cultura desde las artes. Es lo más, lo casi imposible en los actuales medios de comunicación del *fast food*, la imitación y lo sólo bonito y espectacular vacío. El arte no está en un cartel o en algunos: los vigoriza todos. Los transforma en rayos luminosos en el claro/oscurito de los tiempos difíciles, veloces, complejos, pasivos, desorientados.

Envidio a Buenos Aires la oportunidad de encontrar paseando por las calles los carteles de Edgardo. La envidio desde la Barcelona del diseño y la innovación, como ciudadano y como gestor para la cultura. Y como profesor de marketing público. Su colección de carteles es -y mido las palabras- de referencia mundial para las ciudades que apuestan para la cultura con los ciudadanos desde la fertilidad de sentidos de las artes.

Al contemplarlos una y otra vez noto con furor que Edgardo nos presenta las artes como aquello que hoy, más que nunca, es valioso para nuestras vidas en la ciudad. Sus carteles nos impulsan a desearlas porque están diseñadas desde la poesía. Desde el sentido. Desde la emoción. Desde iconos de la cultura con sabor actualísimo. Desde la ternura. Con la sensibilidad del mejor cartelismo contemporáneo. Por eso nos seducen. Queremos estar en lo que presentan. Y nos apetece llevárnoslos a casa como memoria y como futuro. Como imagen visible de lo que nos apetece ser y vivir, de la ciudad que queremos.

Son carteles para continuar confiando en la imaginación, en la creatividad que todo lo puede. De ellos se desprende

reencantamiento para la vida monótona. Te queman: apasionan. Son apuesta. Arco Iris en las calles confusas y contaminadas. Siempre te disponen, te invitan, a la vida más llena de sugerencias, de encuentros, de voces, de palabras claras, de colores olvidados. Porque están trazados desde la ética de la esperanza para la estética de la vida bella, personal y común. En cada uno, en el despliegue de la colección, uno nota que el color, la forma, el estilo, están ahí para subrayar, para gritar en la calle, civilidad: acción para la vida. Lo que el cartel promete experimentar, sientes que ya está *en* el cartel, concentrado. Carteles, los de Edgardo, que te interrogan, afirman, conmueven, fidelizan, piden respuestas, estar en lo que comunican, te abren horizontes, te serenar. Te atrapan. Cada uno es un empujón a la vida bailada, musicada, dialogada, pintada. .A la vida más rica, más corresponsable, más abierta, más creativa. Nada es superfluo. Todo está por un *por qué*. En cada uno Edgard es Valery: *icemos la vela, hay que intentar vivir*. Vivir personalmente. Y públicamente. En la ciudad. Con cultura.

Desde las artes. En cada cartel bate esta apuesta por la vida de ciudadanos, con los ciudadanos. En cada cartel Edgardo se fuerza por ir más allá. Y porque vayamos más allá: pararse es sólo supervivencia.

Técnicamente los carteles son una marca doble, la difícil: está la apuesta de una ciudad por una cultura espléndidamente comunicada desde la emoción y el rigor, con una pauta gráfica sumamente identificable, actualísima, atrayente y frecuente. Y está Edgardo con arte al servicio de las artes para la cultura de la ciudad que ama. En la calle los carteles de Edgardo son invitación inmediata, urgente, para la vida con más sentido. Contemplados en su conjunto, aquí, los carteles de Edgardo son historia de cultura incesante y manual de referencia para las ciudades y los profesionales que queremos comunicar las artes con el lenguaje que los ciudadanos esperan, entienden y aplauden.

En los carteles está Buenos Aires con la cultura.

En los carteles de Edgardo brilla la marca Buenos Aires con la cultura. El Buenos Aires que los carteles proponen, impulsan, explican es una ciudad que opta por la cultura de creatividad furiosa. Hay tres ciudades que últimamente me interesan: Berlín, Barcelona y Buenos Aires. Todas empiezan por la B de bravas, buenísimas, bárbaras, básicas. Son ciudades para la vida. Y para la vida con innovación, lejos de la monotonía de la sola oficialidad, prepotencia o continuismo. Se nota en su aire, en su atmósfera que emocionan una infinidad de grupos, artistas, creadores,

organizaciones, universidades, pensadores... todos inquietos, todos empujando ciudad más creativa, con más sentido, con más apertura, con más horizonte, más en el hoy y el futuro. A menudo contrastando oposiciones.

En todas –y no es casual- hay una municipalidad que piensa y gestiona la cultura con liderazgo, con democracia, abiertamente, implicando, izando la vela pero sin dirigismos, sin marcar un puerto único. Porque la ciudad, en su cultura, es múltiple, compleja, plural, dialogante. Y, no obstante, común: Buenos Aires, Barcelona y Berlín tienen carácter, significado, apetencia. Son cultura propia. Imán

Mi impresión y vivencia, cuando aterrizo en Buenos Aires, es la de meterme en una Barcelona infinita: la creatividad, innovación, búsqueda, lenguajes, apuestas, actos, invitaciones... de esta ciudad marean. Al llegar me apetece desnudarme y meterme en su mar de plata resplandeciente, sorprendente y chispeante. Nado y nunca me canso. Nunca llego a la orilla. Siempre me subo a botes, lanchas, catamaranes, barcos, patinetes, neumáticos, veleros, llenos de experiencias para la cultura que se cruzan, navegando siempre con Celan hacia *el norte del futuro*. Con brújula, con retos. Al norte de la civilidad, que es el futuro que nos hace siempre presentes las artes para la cultura en la ciudad.

En los carteles de Edgardo está todo esto. Emerge. Con un trazo de gráfica rotunda desde el primer momento que los de la municipalidad le proponen el tema, el desafío, la apuesta. Le cuentan la cosa y Edgardo ya la construye, ya la ve en su corazón de creador, de cartelista, de ciudadano enamorado perdidamente de las artes que quiere compartir con todo Buenos Aires.

En sus carteles la primavera se anima, sonrío, desde el cine y el video, desde el cubo rojo en equilibrio sobre la cabeza del cómico. Los museos empiezan ayer, llenos de sugerente misterio descifrable y tensados entre la mujer desnuda reclinada y el lápiz furioso que la apunta jugueteón. El cine independiente se proyecta directamente desde la cabeza de un muchacho/objeto. El hombre de Leonardo centre el cine sobre los derechos humanos. Los grupos de teatro callejero son gente de calle y payasos de cartón. La cultura solidaria aún a las tres grandes religiones desde sus símbolos y desde una palabra de paz vigorosa. Los brazos trenzan la estrella de David para la muralla humana que nos recuerda e impide el exterminio. Un lápiz atraviesa la cabeza para la convocatoria a pensar la responsabilidad, la ética y la política en los tiempos de la oscuridad. La música transforma otra cabeza, ahora metálica, en fluir de colores y metamorfosis...

En todos Edgardo cuenta historias, presenta un escenario de sugerencia, con un uso deslumbrante de las formas, las proporciones, el color, los textos, optando frecuentemente por una ligera icónica central que aúna y mezcla tiempos y conceptos, rica, compleja como Buenos Aires y su apuesta por las artes que crean cultura. En todos, firmándolos, su genio. Y el Gobierno de la Ciudad desde su Secretaría de Cultura que no se conforma con salir del paso, dar palos de ciego.

Carteles de la municipalidad creadora

La cultura es cosa de todos. Toda cultura es, siempre, republicana: se ocupa de las cosas comunes, públicas, de la ciudad y sus plurales ciudadanos. En los tiempos de lo líquido, con ciudadanos cada día más preocupados por una ciudad, unas vidas vividas desde el sentimiento de lo inestable, asociado a la desaparición de puntos fijos en los que situar la confianza propia, con los otros, la cultura debe estar en el epicentro mismo de la municipalidad. Jamás en lo decorativo. Lo periférico. Las fiestas y pompas. Lo secundario y el entretenimiento. La cultura, hoy más que nunca, es pan. Si fue circo alguna vez, nos equivocamos. Porque la cultura es referencia.

Los carteles de Edgardo muestran también esta municipalidad creadora en cultura: el Buenos Aires público y próximo que opta por incrementar, sostener y, continuamente, reinventar su cultura. Su estar en la vida y el mundo centrados, con sentido. Son carteles, todos de los años de Telerman en la secretaría de Cultura. Las artes públicas para el sentido y la civilidad, no nacen espontáneamente, por casualidad. Detrás siempre hay un equipo con liderazgo que piensa y propone, se arriesga y escucha, opta e implica. Estos equipos son poco frecuentes en las municipalidades, desgraciadamente. Se prefiere, para la cultura, equipos débiles, políticamente correctísimos, que hagan poco y, sobretodo, no innoven, cuestionen, enreden. Municipalidades, éstas, arqueológicas, todavía en la edad de las piedras. Estos equipos jamás encargarían toda su comunicación, su relación de publicidad relacional a Edgardo. Porque hacen, sólo, difusión. No optan por una comunicación desde el arte. No mantienen una relación fuerte con un profesional de trayectoria creativa altamente valorada por la ciudad. Se conforman con carteles monos. Lo afirmo desde el análisis y la experiencia.

Edgardo, en sus trazos con un color espléndido, pensado, muestra la obra hecha: servicios, actividades, festivales, apuestas de índole diversa. Sus carteles –carteles ya de la ciudad, de Buenos

Aires- quedan como memoria del Buenos Aires vivo para la cultura. Son documentación gráfica de retos y abordajes para una ciudad desde las artes múltiples. Unas artes no para una élite exquisita, narcisa: en las calles de la ciudad, los carteles de Edgardo invitan a llenar teatros, museos, auditorios, plazas... Invitan a los interesados. Pero hacen algo más importante: provocan a los indiferentes, a los del quizás, a los que esto de la cultura viva y activa les parece algo no prioritario.

Inquietan. Inquietan porque interrumpen. Hay, en cada cartel, en todos, un grito memorable, un stop a las prisas, una condensación de intensidad que se mete en los ojos, en la sensibilidad de los ciudadanos. Y no les dice *ven*. Hacen algo más: se meten dentro, inquietan, preguntan y empujan a compartir el teatro y la danza, la música y el libro que son siempre horizontes de esperanza, interrogantes para la vida y Buenos Aires y el mundo mejor. Aquí está su grandeza. El por qué me parecen magníficos e imprescindibles.

Técnicamente los carteles me pueden

Finalmente, los carteles de Edgardo para la Cultura de Buenos Aires me suscitan una catarata de notas altas sobre como siempre debe ser la comunicación para la cultura.

- 1. No un buen producto: un gran murmullo.** Que llegue a cada uno, a muchos, a la ciudad toda y nos envuelva, nos implique, nos empuje a la vida más alta, más civil, más humana.
- 2. No excelente: memorable.** Debemos recordar imágenes, momentos, sensaciones en los que, a menudo desde las artes, nos preguntamos, decidimos y avanzamos y la comunicación ya anticipa.
- 3. No funcional: cuenta una historia.** Lo sólo útil, lo sólo fácil es plano. La cultura cuenta, siempre, historias para la vida óptima, relatos de una vida, en Buenos Aires y un mundo mejor, posible, ahora. La comunicación inicia el relato imprescindible.
- 4. No bonita: llena de sentido.** Basta de decoración, de sólo sorpresa, de comunicación mona, diseñada en lo último. A la que deseamos y hacemos caso es la que nos abre horizontes, nos optimiza, nos ahonda, nos reencanta.
- 5. No estática: espolea el estar ya.** Toda la que no motiva, se queda en el gustar, en la imagen fija, es menor: estamos con la que nos inquieta y nos señala donde hay sugerencias clave.

6. **No complejo: sencillo.** La mejor comunicación es la que se entiende rápido, la que la comprenden todos los ciudadanos, en un segundo, en el primer impacto. Y no cansa.
7. **No difusión: ya la experiencia.** Difusión es propaganda, campanas al viento. Experiencia es comunicación en la que ya está lo que buscamos, anhelamos y no nos perdemos.
8. **No oficial: excitante.** Las oficiales son gélidas, frías, marmóreas, oportunistas, para cumplir. La comunicación siempre excita: exhorta, explica e implica.
9. **No complace: euforiza.** No te quedas parado: arrancas a correr hasta que llegas a lo que comunica. Y excede a tus expectativas.
10. **No funciona: es bozínazo.** En la ciudad y la vida incierta, insegura, vulnerable necesitamos el brochazo del color y la propuesta que nos energice y centre.
11. **No satura: quiero más.** Más artes para la cultura, más propuestas para la vida personal y común.
12. **No lo veo: lo quiero en casa.** Y la cuelgo junto a la cama para los despertares lanzados.

Los carteles de Edgardo, contemplados con calma, son gran murmullo, memorables, cuentan historias, llenan de sentido, espolean el estar, son sencillos, son ya experiencia, excitan, euforizan, son un bocinazo, queremos más y muchísimos los queremos en casa.

En cada uno está un pedazo de cultura, del mejor Buenos Aires, de apuesta para la vida innovadora, crecida, imparabile.

Me tatuaré un fragmento en mi corazón.

Toni Puig
tpuigp@hotmail.com